



## OPCION DE CLASE DE UN CRISTIANO ?

Alberto Arroyo

*La lucha de clases es una realidad, por dolorosa que sea, ante la que el cristiano tiene que tomar posición. El autor clarifica desde las ciencias sociales lo que significa esta lucha y aporta reflexiones que ayudan a los creyentes a situarse cristianamente dentro de ella. Este trabajo fue publicado originalmente en la revista mexicana CRISTUS, N° 502 (Sept. 1977).*

Hoy es cada vez mayor el grupo de cristianos que han descubierto la exigencia absoluta de su fe de luchar por la justicia. Muchos cristianos han ido descubriendo que creer en Jesús es seguirlo, es comprometerse en pro-seguir su Misión, es construir el Reino del Padre. Han ido comprendiendo que el Reino, sin dejar de ser don gratuito del Padre, es una responsabilidad histórica de los hombres; que la venida del Reino hay que esperarla como si todo dependiera de Dios, y trabajar como si todo dependiera de nosotros (San Ignacio de Loyola). Además, aceptando que la plenitud del Reino se dará cuando Jesús recapitule toda la creación y la entregue al Padre, han renovado la conciencia de que el Reino no es solamente una realidad para la otra vida, sino que en ésta es necesario luchar para que el Padre reine en nuestra historia, al vivir los hombres en justicia y

fraternidad. Sin embargo, sólo algunos de estos cristianos se aprovechan críticamente de los aportes de las ciencias sociales para tratar de clarificar en qué consiste la injusticia radical (pecado del mundo) de la sociedad en la que vivimos, y sobre todo para ir descubriendo los caminos concretos para ir transformando eficazmente y así colaborar en la misión de Jesús de construir un reino de paz en la justicia y fraternidad entre los hombres.

Todavía muchos cristianos, incluso de los que con buena voluntad quieren trabajar por la justicia en el mundo, conservan una serie de prejuicios que los bloquean contra los aportes del marxismo a la teoría de la sociedad y del cambio social. Estos prejuicios quizá se deben, por una parte, a que habiendo identificado la fe con una teología concreta (siendo que la teología no es sino el esfuerzo concreto por hacer inteligible lo que creemos) no han hecho una reflexión teológica a fondo que permita cuestionar formas concretas de intelección de la fe que de hecho han servido, lo hubiéramos querido o no, para legitimar la sociedad injusta en que vivimos; y, por otra parte, a una mala intelección del marxismo que tanto marxistas como anti-marxistas han contribuido a difundir. Considero que uno de los puntos álgidos de estos prejuicios es el que se refiere a la lucha de clases. Por ello, este artículo se quiere centrar en él.

El interés por superar los prejuicios anti-marxistas de muchos cristianos, sobre todo de los que con buena voluntad quieren trabajar por la justicia, no nace de una actitud apologética promarxista, sino de la constatación de que estos prejuicios han llevado a algunos cristianos a quedarse en la lucha por reformas, sin plantearse la necesidad de la transformación radical de esta sociedad estructuralmente injusta y pecaminosa en que vivimos. No se trata de la defensa de una teoría frente a otras, sino de la exigencia de eficacia en la responsabilidad histórica de construir una sociedad más justa. No se trata de convertir el marxismo en un nuevo dogma, y menos de invitar a los cristianos a aceptarlo acríticamente; sino de superar prejuicios y así posibilitar una reflexión madura de los grupos cris-

tianos en su lucha por construir el reino de justicia, fraternidad y paz por el que Cristo perdió la vida. Este artículo trata de evitar el considerar a la teología cristiana y al marxismo como doctrinas acabadas, para buscar una reflexión crítica y continua que clarifique los problemas y sea guía de una ortopraxis cristiana. Esta actitud nos lleva a tratar de superar tanto las simplificaciones dogmáticas del marxismo como las ideologizaciones de las que ha sido víctima la teología cristiana. Parte de la conciencia de que ni Marx es la última palabra en ciencias sociales, ni la teología es lo mismo que la fe, sino una búsqueda histórica de intelección de la fe.

La pregunta planteada como título de este pequeño artículo exige una respuesta seria y madura, y para ello, la superación tanto de los prejuicios anti-marxistas de algunos cristianos, así como una profunda reflexión teológica sobre la ortopraxis cristiana de lucha por pro-seguir la misión de Jesús. Supone tanto la clarificación científica de algunos conceptos de ciencias sociales, como la reflexión teológica sobre el contenido concreto de la opción cristiana por los oprimidos. Sin embargo, ha resultado imposible cumplir plenamente con estos objetivos dado el pequeño espacio disponible en un artículo de esta naturaleza.

Es necesario precisar lo que se entiende por clase social. Se trata, a pesar de ser una de las categorías claves de las ciencias sociales, de los conceptos más discutidos. Marx nunca llegó a precisarlo sistemáticamente ya que su obra cumbre, *El Capital*, se interrumpe en el momento que intentaba hacerlo. Es necesario un laborioso trabajo de sistematización de los elementos dispersos que a este respecto se encuentran en el conjunto de su obra, además de una continua confrontación crítica con la realidad que se pretende explicar con este instrumental teórico. Obviamente tendremos que limitarnos a destacar algunos elementos fundamentales que nos permitan entender que la lucha de clases es un hecho, y el por qué se dice que la injusticia de la sociedad en que vivimos es estructural.

Por otra parte, dado que el sentido cristiano de la lucha por la justicia es quizá uno de los temas más necesitados de desideologización, sería necesario llevar nuestra reflexión teológica hasta el modo concreto como la vivió Jesús de Nazaret. Es el Jesús histórico en su vida concreta, posibilitada y limitada por las condiciones imperantes en la Palestina del siglo I, el que es norma e inspiración de todo actuar verdaderamente cristiano. Sin embargo, no se trata de que el cristiano actual trate de imitar literalmente a Jesús de Nazaret; sino de que, en el dinamismo del espíritu de Jesús, concrete y pro-siga el camino de Jesús en su lucha por construir un reino de fraternidad, justicia y paz según su momento histórico. Por desgracia tendremos una vez más que limitarnos a breves reflexiones o comentarios que iremos insertando al presentar los elementos de ciencias sociales.

En consecuencia trataremos tan sólo de aportar algunos elementos de ciencias sociales que clarifiquen la cuestión y que irán acompañados de una reflexión cristiana que ayude a los propios grupos comprometidos en la lucha por la justicia a evaluar y reflexionar su práctica.

### *Qué es una clase social?*

En un primer nivel, muy simple, podemos decir que una clase social es un grupo social que por el lugar que ocupa en el conjunto de la estructuración global de una sociedad concreta tiene características e intereses fundamentalmente comunes. No se trata de agrupar a la población por su nivel de ingresos y con ello hablar de ricos y pobres. Este tipo de análisis sólo tiene por resultado la descripción de una estratificación económica y no permite ver las razones profundas de estas diferencias. Hay que tener siempre presente que no es lo mismo un estrato social que una clase y que los desniveles de ingreso son sólo reflejo de algo más profundo.

Tampoco hay que definir una clase social sólo desde

un punto de vista económico, aunque éste sea un elemento determinante. Y si el criterio puramente económico es insuficiente, lo es más cuando se le reduce a la propiedad o no de los medios de producción. Es necesario definir a las clases a partir de su lugar en la estructura económica de una sociedad, pero sin dejar de tomar en cuenta elementos políticos e ideológicos que no son simple reflejo de su lugar en las relaciones sociales de producción. La separación entre los criterios económicos y los político-ideológicos en la definición de una clase social es puramente metodológica; en realidad no se trata de criterios distintos sino de un criterio único pero complejo. La estructura económica es la condicionante en última instancia en la configuración de las clases porque constituye el principio de organización del todo social. Es decir, depende del modo como los hombres se relacionen con la naturaleza y con los demás hombres para satisfacer sus necesidades vitales primarias, la forma como se organice el nivel jurídico-administrativo y la base de sustentación de los poderes en conflicto, así como en buena medida, del tipo de conciencia que los hombres tienen en sí mismos, de la sociedad y del mundo que los rodea. Esto no quiere decir que todo lo demás sea un simple reflejo mecánico de las relaciones sociales de producción. Tampoco hay que pensar que las clases sociales se configuran por su lugar en las relaciones sociales de producción y que sólo luego, al tomar conciencia de sus intereses y organizarse políticamente, entran en conflicto. Las clases sociales se van configurando en un proceso que depende, tanto del desarrollo de las fuerzas productivas en unas determinadas relaciones de producción, como del conflicto en el que aquellas van tomando conciencia de sus intereses y se van organizando políticamente.

Las clases sociales son grandes grupos sociales que se distinguen entre sí por el lugar que ocupan en un sistema social determinado; uno de los cuales, por la sola razón del lugar que ocupa en la estructura de la sociedad, se apropia de una parte del fruto del trabajo del otro y tiene poder para mantener este estado de cosas --esto último por la promulgación de un orden jurídico que legaliza la explotación, por la organización de un aparato adminis-

trativo y de poder a su servicio y por la difusión de una ideología que hace aparecer a todos que la situación actual es algo bueno y natural. Por todo esto, cada uno de estos grupos tiene intereses sociales fundamentales distintos y encontrados, de los que puede ir tomando conciencia; también puede organizarse para defenderlos.

No se trata, pues de diferencias de ingresos, sino que la sociedad está organizada de tal modo que unos viven a costa del trabajo de otros. No se trata sólo de que los patronos paguen bajos salarios, sino de que si dejaran el fruto íntegro del trabajo en manos del productor directo no tendrían ningún ingreso. El alegar que el capitalista por poner el capital necesario para producir esos bienes tiene derecho aparte del producto, es no tener en cuenta que todo capital es a fin de cuentas capitalización en base al fruto del trabajo de otros. Las últimas afirmaciones pueden parecer exageradas y sin fundamento, y de hecho el mostrar su validez resulta excesivo para un artículo de esta naturaleza. Nos tendremos que contentar con dar algunos elementos generales para su fundamentación.

Históricamente el capitalismo nace a partir de que se logra separar al productor de sus instrumentos de producción. Esto obliga al trabajador a tener que depender del ahora dueño de los medios de producción para producir lo que necesita para vivir, y permite a éste exigir una parte del fruto del trabajo de aquél. Se puede objetar que al menos algunos capitalistas compraron los medios de producción con dinero ahorrado fruto de su propio trabajo, y que por tanto, sin ninguna injusticia previa ahora tienen derecho a una parte de lo que los demás producen con ellos. Concedamos para no entrar en razonamientos por el momento complicados. Sin embargo, estos instrumentos de trabajo se desgastan y de hecho terminarían por ser inservibles a menos que se les repare, mantenga y eventualmente se les deseche y sustituya por unos nuevos (normalmente técnicamente superiores). Al cabo de un tiempo es pues el trabajo del obrero el que proporcionó el dinero necesario para la compra de los instrumentos de producción, y ya el supuesto dueño original no tendría

ningún derecho a apropiarse parte del fruto del trabajo de los obreros.

Se puede aún contra-argumentar que el capitalista renovó sus medios de producción con ahorro de lo que le correspondía. Sin embargo, esto es una falacia. El capitalista, por decirlo así, se asoció con el obrero poniendo una X cantidad de dinero y por ello recibe una Y cantidad de lo que se produce con ellos. Dado que con estos ingresos el capitalista se mantiene a sí mismo y a su familia, más temprano que tarde lo que gasta en su mantenimiento será igual a la cantidad aportada originalmente y ya no tendrá ningún capital propio que le dé derechos sobre el trabajo ajeno. No se trata tampoco de que con lo que recibe justamente pueda no sólo mantenerse a sí mismo, sino también ahorrar para renovar sus medios de producción. Lo que pasa es que el capitalista no sólo se apropia el pago justo del desgaste de sus máquinas sino también del plusvalor producido por el trabajo del obrero. Es decir, le paga al obrero lo necesario para que sobre-viva; sin embargo resulta que el trabajo humano tiene la cualidad de producir más de lo que cuesta conservarse a sí mismo. Este plus es apropiado injustamente por el capitalista por el sólo fundamento de ocupar un lugar diferente en la división social del trabajo. Si el capitalista en verdad sólo recibiera lo necesario para compensar el desgaste de sus medios de producción, o no tendría con qué vivir si quiere conservarlos, o se lo consumiría en su manutención y al cabo de algún tiempo ya no tendría medios de producción. Tampoco se puede alegar que el dinero invertido en medios de producción produce más dinero, ya que en realidad estos instrumentos de trabajo no son sino el fruto del trabajo humano anterior que es el único que tiene la gran cualidad de poder producir más de lo que cuesta mantenerse.

Sería ciertamente necesaria una explicación más amplia de la complejidad del mecanismo de explotación capitalista. Lo importante en este momento es sólo llegar a comprender que no se trata de un acto de la voluntad del capitalista individual, y que no aparece en su conciencia es-

pontánea como un acto de despojo del trabajo ajeno. La explotación capitalista es un mecanismo social y, por tanto no es posible cambiarlo por el sólo convencimiento de los capitalistas individuales de que sean buenos y paguen mejor a sus obreros. La injusticia estructural es fruto del actuar histórico de los hombres, pero se ha llegado a materializar en el modo mismo como está organizada la sociedad en que vivimos.

¿Qué pensar desde un punto de vista cristiano de esta categoría central del análisis social marxista?

Ante todo hay que aceptar que no es la reflexión teológica la que debe decir algo sobre la validez científica de una categoría de la teoría social y del método de análisis. Es en la propia ciencia y sus criterios de verificación donde hay que discutir racionalmente la justeza o no de un concepto científico. Los cristianos tendremos que ser críticos pero discutiendo en el terreno científico.

Sin embargo, tampoco hay que caer en concordismos fáciles identificando la categoría científica de clase con el concepto bíblico de pobre. Por una parte, el concepto bíblico de pobre no es una categoría útil para el análisis científico de la sociedad, ya que sólo hace referencia a un fenómeno, sin dar elementos para la búsqueda de las causas que lo expliquen; y por otra, el contenido que le dan los distintos autores bíblicos no es puramente socio-económico-- aunque tampoco se le puede despojar totalmente de elementos de esta naturaleza.

El concepto bíblico de pobre tiene su propia riqueza que no es posible analizar aquí. La reflexión cristiana tendrá que sacar de ello consecuencias respecto a algunas dimensiones de la lucha por realizar el proyecto del Dios de Jesús sobre la historia. Sin embargo, la pura reflexión teológica y bíblica no permite al cristiano descubrir la concreta situación de injusticia en cada época de la historia, y por ello no proporciona los elementos suficientes para luchar eficazmente contra ella. Es necesario el análisis científico de la sociedad para poder



concretar y operativizar eficazmente la exigencia absoluta de nuestra fe de luchar por pro-seguir la misión de Jesús de instaurar el Reinado de Dios en la historia. La opción cristiana por el oprimido podrá tener dimensiones que al menos explícitamente rebasen los resultados del análisis socio-político; sin embargo, si verdaderamente se quiere una sociedad más justa no podemos prescindir del análisis científico sobre el modo como funciona esta sociedad injusta, que nos permita orientarnos eficazmente a su transformación.

### *Qué es la conciencia de clase?*

Llamamos conciencia de clase al fruto de la concientización por la que una clase social se da cuenta de sus intereses sociales comunes y de su responsabilidad histórica en el seno de una sociedad. No se trata de los intereses que a alguien se le ocurre que debe tener una clase, sino de los que se desprenden del lugar que ocupa en la estructura de la sociedad.

Los contenidos de la conciencia de clase no es algo que se descubre por el análisis empírico de lo que en un momento dado piensa de sí misma, de la sociedad y del mundo, una clase social; sino que se descubren por el análisis de cómo está estructurada u organizada una sociedad concreta. La conciencia de clase tampoco es algo que surge automáticamente en los miembros de ella por el sólo hecho de su posición en la organización social. Por el contrario, es algo por lograr a partir de la reflexión crítica sobre la realidad en el proceso de lucha por transformarla. No sólo no es consecuencia necesaria determinada por la estructura económica; sino que la primera dificultad a romper en el trabajo de educación política es la conciencia espontánea que tienen los actores sociales.

Los prejuicios de muchos cristianos para hablar de conciencia de clase y de una educación popular que busque una conciencia de clase se deben, quizá, a una vulgar y

mala intelección del materialismo marxista. Se pueden discutir y se discuten, incluso dentro del ámbito marxista, muchos elementos filosóficos del materialismo, sobre todo mucho de lo expuesto por Engels. Sin embargo, lo directamente implicado en el método de análisis está expresado en el famoso texto de Marx del 'prólogo de 1859 a la Contribución a la Crítica de la economía política: "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social lo que determina su conciencia". No se trata de que la conciencia de clase sea un puro reflejo de su lugar en la sociedad. Si fuera así no sería necesario ningún trabajo educativo. En realidad incluso el tomismo acepta que el hombre toma conciencia de sí mismo procesualmente y al ir contrastándose con lo otro. ¿Por qué no aceptar que el modo como socialmente se relaciona el hombre con la naturaleza y con los demás hombres condiciona, sin que ello quiera decir que determine absolutamente, su conciencia?

### *Qué se entiende por opción de clase?*

Optar por una clase significa tomar conciencia de sus intereses objetivos y comprometerse por y con ella a reestructurar (o conservar) el conjunto de la sociedad, según aquellos intereses. Optar por una clase no significa sólo tener conciencia teórica de sus intereses objetivos, sino comprometerse vital y prácticamente a su favor. La conciencia que tenemos propiciada por nuestra educación y el medio en que vivimos no es algo que se supera por un puro acto de voluntad y por el estudio, sino que supone además una práctica en favor de los explotados, y no es independiente de un nuevo contexto vital.

En una palabra, optar por una clase es comprometerse vital y prácticamente con sus intereses objetivos. Y por intereses objetivos se entiende aquellos intereses que surgen de la situación de una clase en el conjunto de una estructura social.

Los cristianos normalmente se resisten a optar conscientemente en estos términos ya que consideran que ello es renunciar a la exigencia cristiana de amor universal. Este punto es el que hay que reflexionar un poco más.

La exigencia cristiana de amor universal no puede significar el tener que aprobar todo lo que hacen nuestros hermanos. Muchas veces la exigencia de amor tendrá que llevar a oponerse al hermano y a tratar de evitar el que siga oprimiendo a otros hermanos. Por otra parte, la exigencia cristiana de amor universal se inscribe en la invitación a pro-seguir la misión de Jesús que es construir el reino de justicia, paz y fraternidad. Esto significa que a la base de la exigencia de amor universal está la necesidad de construir una sociedad en que las relaciones sociales sean verdaderamente fraternas, y que llegará a su plenitud cuando Jesús haya recapitulado toda la creación y la entregue a su Padre. Mientras que la sociedad esté organizada de tal manera que unos vivan a costa del trabajo de otros, tendremos que expresar nuestro amor cristiano defendiendo a los oprimidos y contra los opresores, sin que ello signifique amar a unos y odiar a otros. Además este amor diferenciado que lleva a apoyar a unos y estar contra otros tiene la finalidad de poder organizar la sociedad en base a relaciones sociales de justicia y fraternidad. No es que el fin justifique los medios; tenemos que amar a todos, incluso en esta sociedad injusta, pero a unos tratando de impedirles que su posición estructural los haga oprimir y, a los oprimidos, luchando con ellos por cambiar la sociedad hacia una organización social en la que ya no exista este antagonismo estructural.

Sin embargo, la exigencia de amor cristiano en el interior de una opción de clase nos obliga a conservar operativamente la conciencia de que las personas no agotan su realidad en su carácter de clase. Sólo así será posible el que nos opongamos a la actuación estructural de los opresores, sin que ello signifique odio a las personas individuales de los opresores ni la mitificación de la bondad de los oprimidos.

Los individuos que forman una clase social no agotan su realidad personal en esta categorización. Por ello, no se trata de dividir la sociedad maniqueamente en buenos y malos. Se trata sólo de optar por los intereses objetivos de los oprimidos y explotados, lo que no significa de ningún modo que toda acción o actitud de los oprimidos tenga que ser aprobada y apoyada.

Los cristianos solemos hablar mucho de solidaridad con los pobres; pero cuando se trata de precisar lo que entendemos por ello surge una gama de posiciones. Para algunos, la solidaridad se expresa en vivir más pobremente y al lado de los pobres. Esta solidaridad es buena y necesaria, pero insuficiente si no sólo se quiere acompañar el dolor de los oprimidos sino colaborar a salir de la opresión. Otros expresan su solidaridad asistencialmente, lo cual podrá colaborar a disminuir un poco las necesidades urgentes de los oprimidos, pero, además de sus defectos pedagógicos, deja intacta la estructura de explotación y opresión de la sociedad en que vivimos. Otros afirman que lo que hay que hacer es "concientizar"; pero esta concientización, si no tiene un carácter de clase, es decir, que ayude a que los explotados y oprimidos descubran con claridad el mecanismo de explotación capitalista y los posibles caminos para superarlo, resultará también poco eficaz para construir una sociedad más justa.

Es verdad que la opción cristiana por los oprimidos puede incluir aspectos que no se desprenden inmediatamente del análisis socio-político de la sociedad en que vivimos. En este sentido, la opción cristiana no se reduce a la opción de clase en sentido marxista; pero considerando que si la opción de los cristianos no incluye una opción de clase, permanecerá en la vaguedad y será probablemente muy poco eficaz. Es decir, que si se le da un contenido preciso y operativamente eficaz a la solidaridad con los pobres, ésta tendrá que incluir una comprensión de la situación estructural de éstos, y un compromiso de luchar a su lado por los intereses objetivos que se desprenden de dicha situación.

## *La lucha de clases*

Esta lucha no es algo buscado o pretendido por los marxistas. Es un hecho. Si las clases sociales son grupos sociales, uno de los cuales vive a costa del otro, éstos tendrán intereses distintos, y su defensa significará una lucha. No insisto en este aspecto de la lucha de clases ya que será claro en la medida en que se haya comprendido cómo funciona la sociedad en que vivimos.

Se suele objetar que el marxismo no sólo constata el hecho de la lucha de clases, sino que busca agudizarlo provocando el odio y la violencia entre los grupos sociales como elemento esencial de su estrategia de lucha por un cambio.

En realidad el marxismo es todo lo contrario de la agudización del odio. Como explicación científica del sistema capitalista, lo que pretende es hacer comprender que la injusticia no se funda en la mala voluntad del patrón, sino que es fruto del modo como está organizada la sociedad. Si la concientización se queda en el nivel de hacer comprender al oprimido que su situación se debe a que el patrón se queda con parte del fruto de su trabajo, la reacción espontánea puede ser el odio. Sin embargo, una conciencia así no es una conciencia madura de clase y es necesario que sea superada, ya que es totalmente ineficaz. Lo importante es que se llegue a comprender que la injusticia es estructural y que no se gana nada con sólo tratar de vengarse del patrón, sino que es necesario re-organizar el conjunto de la sociedad.

Es verdad que al colaborar a que las clases oprimidas tomen conciencia de que no basta luchar por aumentos salariales sino que es necesario derrocar el poder de los explotadores, significa de hecho profundizar el conflicto. Sin embargo, considero que esta profundización no es otra que hacer que la verdad salga a la luz. Además, finalmente el interés no es el conflicto por el conflicto, sino organizar la sociedad de modo que no haya antagonismos estructurales.

Respecto a la violencia, es importante comprender que el sistema capitalista es en realidad una violencia institucionalizada de la minoría contra la mayoría. Si en la lucha revolucionaria se llega a la violencia de la mayoría contra la minoría es sólo si la clase dominante no deja otro camino.

La conciencia cristiana tradicional se resiste a plantear el trabajo por el cambio en términos de lucha, y por ello tiende a orientar su acción a la transformación de la conciencia de los opresores. Se afirma que la raíz última de la injusticia está en el interior del hombre y que por ello hay que trabajar por la construcción del hombre nuevo.

La injusticia estructural ciertamente es fruto del actuar histórico del hombre. En este sentido estamos de acuerdo en que la raíz de la injusticia está en el hombre mismo; pero no en su puro interior, sino en el hombre como ser histórico social. Es el hombre quien al actuar injustamente materializa sus actos en situaciones históricas que a su vez condicionan su posterior actuación. A lo largo del proceso histórico la injusticia se ha materializado en el modo mismo como está estructurada la sociedad. Esto es lo que se podría llamar el pecado del mundo del que habla el evangelista Juan. La situación actual exige no sólo que el explotador se arrepienta de su pecado, sino que se recree la situación, destruyendo la objetivación, en la sociedad y en el hombre mismo, de la actuación social de los hombres. Estamos llamados a destruir desde su raíz la injusticia, que aunque partió del hombre, se ha objetivado, y en este sentido se reproduce o mantiene en un dinamismo que, una vez puesto a funcionar, sigue su curso con cierta independencia de la voluntad. Es verdad que el único capaz de transformar la sociedad es el hombre y que ésta no va a cambiar por sí misma como fruto de sus propias contradicciones. Es necesaria la actuación de los hombres aprovechando las contradicciones mismas de la estructura social existente. En este sentido, es verdad que hay que trabajar por la formación de un hombre nuevo. El marxismo

latinoamericano ha tomado especial conciencia de este punto. Sin embargo, este hombre nuevo capaz de transformar la sociedad y garantía de que no se volverá a construir un - nuevo mecanismo de explotación y opresión, no se puede - lograr sino en dialéctica con el trabajo por el cambio de estructuras. Medellín habla repetidas veces de la necesidad de trabajar tanto por el cambio de estructuras como - del hombre mismo. Las ciencias nos pueden ayudar a precisar la relación dialéctica en que se encuentran ambos aspectos.

### *La sociedad sin clases*

El marxismo plantea como finalidad de su estrategia de cambio social la construcción de una sociedad sin clases. Esto lo único que quiere decir es que se requiere organizar la sociedad de manera que estructuralmente unos no vivan a costa de otros ni los sometan políticamente. No se trata de lograr una igualdad cuantitativa ni una uniformación de los hombres. En las concreciones históricas del socialismo se han descubierto un sinnúmero de nuevos problemas para la realización de este ideal. Los proyectos históricos actuales de construcción del socialismo tienen que aprender en base a la experiencia, errores y deformaciones de los países socialistas existentes. Es importante comprender que el marxismo nunca ha afirmado que todos los problemas se resuelven con la toma del poder. No sólo es necesario destruir el mecanismo actual - de explotación, sino que lo más importante es hacer el esfuerzo creativo de construir positivamente la nueva sociedad.

El cristiano debe ser muy crítico de las realizaciones históricas del socialismo; pero ello junto con el - compromiso efectivo de empeñar la vida para cambiar esta sociedad e ir construyendo una cada vez más justa. No es de ningún modo cristiano el sólo criticar, desde lo que se suele entender por plenitud del reino de Dios, toda realización histórica, sin empeñar la vida en lograr lo que en cada momento es históricamente posible.